

## CANCION DE CUNA

### A mi inolvidable MEMBRIO

«Hay de la alegre sierra,  
sobre las lomas,  
unas casitas blancas  
como palomas.»

GRILO. — «*En las ermitas  
de la sierra de Córdoba*».

Hay en Extremadura  
un pueblecito  
modesto y olvidado,  
pero bonito.

Pues aunque acaso a alguien  
tal no parezca,  
poco me importa el juicio  
que le merezca.

No tiene más encantos  
ciudad alguna  
para mí, pues no en vano  
él fue mi cuna.

Perenne en mi memoria,  
yo nunca pierdo  
ocasión de ofrendarle  
dulce recuerdo.

Y siento la nostalgia  
de cuanto tiene  
pensando que de verle  
ya el día viene.

Añoro sus huerticas  
en la ribera,

de las que no se ausenta  
la primavera.

Y sus gratos paseos  
por los senderos,  
que recuerdos me legan  
tan duraderos.

Y el alegre repique  
de las campanas,  
que invitábanme a misa  
por las mañanas.

Y sus días tan claros  
y luminosos,  
y sus atardeceres  
maravillosos,

y sus noches serenas  
—noches de luna—,  
como yo no he pasado  
luego ninguna.

Y el agua cristalina  
de sus regatos,  
y sus alrededores,  
lugares gratos,

Y al mentar mis amigos,  
mis amiguitas;  
ellos, chicos muy buenos,  
ellas, bonitas,

Y el balcón de la casa  
do vivió ella,  
que era... ¿cómo decirlo?...  
¡que era muy bella!

Balcón que a mis ensueños  
mis ojos lleva,  
que está en donde empieza  
la calle Nueva.

Ante el cual, dulce sueño  
forjó mi mente,  
que, ingrato, fue esfumándose  
rápidamente.

A la que quise mucho,  
sigo queriendo  
y querré mientras tanto  
siga viviendo.

Que ese primer amor  
nunca se olvida,  
¡que lo guarda el corazón  
toda una vida!

\* \* \*

En fin, añoro todo  
lo de Membrío,  
—al que, sin tener nada—,  
le llamo «mío».

Mas pienso que no es poco  
haber nacido  
en él, para que siempre  
le haya querido.

Permite, pues, Membrío,  
te brinde una  
canción, que yo titulo  
¡canción de cuna!

#### ENVIO:

Al pueblo que resume  
cuna e historia;  
de mis amados padres  
a su memoria;  
cuyos restos benditos,  
entre misterio,  
resguarda eternamente  
su cementerio.

Ángel ROSADO ACUÑA

Madrid, 1971.



La ya famosa lápida de los Verrucos, encontrada en Cáceres en 1969